

AIRE

por Miguel Mullen
4º año Letras

Es una tarde triste y soñolienta y los caminantes vuelven apilados a sus pequeños hogares. Quizá buscan un poco de compañía que amenice las durezas del vivir. Hernando pasea por las estrechas calles sin apuro. El rostro adusto, surcado de tristeza, revela que Leonor ocupa las galerías de su alma. Y ensucia las baldosas de la tarde con una pena abierta.

Jóven y frágil, Leonor espera el vagón que la conducirá a su casa. La fila del andén, entre apretones, está famélica de asientos. Lo único que la consuela es la imagen del hombre con quien se ha casado. Esa serena profundidad difícil de hallar, esa simpatía silenciosa no preocupada por acaparar las conversaciones. Cuando están juntos, ella habla y él sonríe paladeando sus frases.

Leonor entra al vagón empujada por los brutales pasajeros. Nadie sabe que esa niña delgada, de diecisiete años, sufre de claustrofobia. El vagón se cubre del humo autorizado por un pequeño cartel. El calor de tantas existencias y las ventanillas cerradas dificultan la respiración.

Siente el tirón leve y el tren eléctrico inicia el tramo Constitución-Témperley. Su mano derecha, fina y delgada, se aferra a una argolla. Pero, en la estación de Avellaneda, se nota especialmente débil.

No puede llamarlo a él, que la dormiría en sus hombros. El humo y el calor la están abatiendo. En un container desmantelado por el vandalismo, una niña que recién ha sido esposa se está asfixiando.

Leonor no puede gritar, ni sostenerse, ni vivir: se está muriendo. A mitad de camino cae desmayada.

Tal vez piensan que tiene sueño o que consumió drogas. Y la margarita de diecisiete años se marchita y sigue aspirando el calor, el humo y la muerte.

Cuando bajan todos en la última estación, una ráfaga de viento puro consigue llegar hasta esos pulmones tan delicados. En el hospital, Hernando está erizado de nervios. Frente a la sala de terapia intensiva una enfermera lo tranquiliza. ¡Pobre Leonor! No pienses, Hernando, no pienses.

Y pasa demasiado tiempo. Irrumpe en la sala íntegramente pálido. Ya nadie se ocupa de Leonor. Está tendida en la camilla, blanca y sola. Hernando grita y grita y su corazón se resquebraja.

Por fin llega a su casa y, al verla como siempre, siente una gran liberación y la saluda con ternura. Ella ni imagina todo lo que ha pasado en unas cuadras.

